

TODOS LOS CUENTOS, MINICUENTOS Y CUENTEMAS DE ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR

Lazlo Moussong

Por cuestión de tiempo, para pronunciar el título de este libro 'solamente una vez' (como dice el inmortal bolero de Agustín Lara), que es ***Todos los cuentos, minicuentos y cuentemas de Enrique González Rojo Arthur***, en adelante sólo lo mencionaré como ***El libro***, ya que, a mi entender, se compone de un volumen que suma cuatro y medio libros ya publicados por separado.

Aunque en cada libro (que aquí se convierte en cada capítulo de ***El libro***) hay características diferentes, (si entendemos "característica" como forma, funciones, tono, significado, uso o utilidad), lo que los une es la vida, las formas de pensar, sentir y actuar, según el estilo personal generalizado del autor y los momentos en que cada texto fue escrito (que pudo ser retozando en su mente jugueteos, filosofando al margen de la filosofía, inventando juegos de lenguaje, después de una discusión o en algún tiempo de la vida al regresar de misa o de comulgar o de una reunión en el Partido Comunista Mexicano, para quitarse el mal sabor de ánimo, por ejemplo).

Por lo que les digo, ya sospecharán que en ***El libro*** predomina la literatura de humor y tal vez, en ocasiones, de *los humores*, pero también hay cuentos serios y relativamente formales.

En verdad, en verdad os digo, que ésta ha sido la obra que más dificultades me ha dado para presentarla, pues aparte de que también incluye ciertos cuentos, no diría que convencionales, pero sí de un desarrollo formal con una historia que contar, a veces de humor y a veces en serio, la originalidad que predomina llena el tomo de los más diversos colores y tonalidades.

No se esperen textos cómicos. Éste no es un libro de chistes. Hay una gran distancia entre un libro de mera comicidad o de chistes y un libro de literatura humorística.

Jonathan Swift, grandioso irlandés, autor de obras maestras como *Viajes de Gulliver*, inmortal humorista, ya había advertido, textualmente que: “La simple diversión es la felicidad de los que no pueden pensar” (esto le ha de haber caído como bofetada a su musa, que se fue de vacaciones cuando él escribió –sin ella– un libro de humor y de dar pena ajena titulado *Instrucciones a los sirvientes*) La afirmación citada podemos especificarla como: “La simple lectura por diversión, es el entretenimiento de los que no quieren pensar”.

Dicho de un modo más directo y moderno, Michel Foucault afirmó: “La ironía se eleva y subvierte; lo cómico se deja caer y pervierte”. Y aquí la palabra ‘subvierte’ es clave, muy precisa y de múltiple significación a la vez, porque la ironía, cuando es sátira, es subversiva política, social, estructural o individualmente, es decir, subversiva ante las estructuras y sujetos que detentan el poder, ante el comportamiento de la sociedad, ante los sagrados pilares de lo establecido, ante lo considerado ‘aceptable’ y este libro de González Rojo (como el rey Midas, pero en cuanto al uso del lenguaje), subvierte todo lo que toca.

Esto lo menciono, porque la mayor parte de los cuentos, cuentemas y minicuentos de ***El libro***, contiene juegos de lenguaje que se vuelven subversivos con relación a la lengua española y sus reglas. (Advierto que para mi próxima reencarnación, sólo pido que no me vea yo en la obligación de traducir a otro idioma estos textos humorísticos de Enrique).

Así que no esperemos textos simplemente cómicos, sino humor de calidad, y en todo creador de humor de calidad intervienen mucho el conocimiento del idioma, el juego inteligente en el uso que se le dé y la astucia lingüística de distinguir el poder de lo sugerente contra lo fallido de la obviedad.

Y el uso múltiple e imaginativo de los textos de humor –como es el caso– maneja una diversidad de recursos, de técnicas, de resignificación de palabras, reconstrucción de significados de muchas palabras, de frecuente alteración de funciones gramaticales en diversos textos, que en muchas ocasiones, el autor pone como pequeñas trampas que se accionan cuando pasamos por ciertas frases, palabras, enunciados o metáforas que el autor ha colocado taimadamente.

En esto, desde luego, influyen la experiencia y la creatividad poética de toda la vida de nuestro autor, así como el medio ambiente metafórico en que respira su imaginación. Por ejemplo, el texto titulado 'Mi tema' lo abre con estas palabras:

Cuando a un ángel se le pregunta: ¿Qué es un hombre? El ángel contesta: Un ser que contrajo tiempo.

Y yo comento ahora: Aquí hay una profunda verdad: Desde el momento de nacer, contraemos tiempo de vida. Este mal de nacimiento, llamado vida, puede durar unas horas, un día, algunos meses o noventa o más años, que habrá sido el tiempo contraído al nacer, pero de la manera en que el autor lo expresa, sería como si el tiempo lo contrajéramos a la manera de una gripe o una tuberculosis.

Y poco más adelante, en el mismo texto que ^{col título de Mi tema} por su título y contenido doy por supuesto que es un Cuentema, aclara... perdón, ¿dije aclara? No, debo decir: poetiza o metaforiza lo siguiente:

“En realidad, no escribo poemas, sino historias. Hablo, por ejemplo, de la crónica de un suspiro, de la biografía de un deseo inconfesado, de la historia verdadera de un silencio”. Y sigue:

“A veces me duelen los relojes, tanto, que veo al cucú como la más siniestra ave de rapiña. Pero no puedo cruzarme de ojos ante lo evidente...”

Espero que esto sea para ustedes un *ejemplo ejemplar* de lo que quiero *ejemplificar*. Y me pregunto, yo, Lazlo, ante ustedes: ¿Esto

último que dije, podría ser un modelo de MI propia riqueza de lenguaje (*un ejemplo ejemplar de lo que quiero ejemplificar*), ya influido por la necia neogramatización y resignificación que hace Enrique con su lenguaje, en que atribuye a sus palabras, a sus frases y oraciones nuevas, variadas o aparentemente imposibles o erróneas funciones?

Si yo digo que con lo que reproduce de nuestro autor estoy *ejemplificando* el uso de la palabra ejemplo y sus derivados, primero como sustantivo, enseguida como adjetivo (*ejemplar*) y, finalmente, como verbo en infinitivo (*ejemplificar*), es que la lectura de la prosa de Enrique González Rojo Arthur ya inyectó en mi cerebro su influencia.

En este libro, Enrique comprueba lo que afirmó Sigmund Freud en su libro *El chiste y su relación con lo inconsciente* (aunque aquí Freud comete un error, justificable porque él apenas estaba abriendo brecha al respecto, pues debió escribir: El humor (y no *El chiste*) y su *relación con lo inconsciente*).

Cito a Freud: “El humor no resigna, desafía. Implica no solamente el triunfo del Yo, sino el principio del placer, que halla en el humor el medio de afirmarse, pese a las desfavorables realidades exteriores”. Así, en el humor de González Rojo, no hay resignación, es decir, sometimiento manso a los significados y a las reglas de las palabras y las oraciones, sino él maneja el desafío, reinventando nuevos significados o funciones o alusiones en las palabras. Así, no sólo logra el triunfo del Yo, es decir, logra imponer significaciones que él elabora (y generalmente con un aire o aroma poético). Así, afirma Su imaginación y Sus valores poéticos pese a los significados y usos comunes de las palabras que, en la construcción de las ideas, en el uso común de las palabras y oraciones, y en los significados cotidianos de éstas, que implican las *realidades exteriores*, es decir, el uso común, corriente y cotidiano del lenguaje, vienen a parecer meras locuras, pero en realidad son nuevas construcciones y bellos amueblados del idioma.

No es un elogio vacío que afirme yo, que González Rojo, con este libro o, mejor, esta compilación de libros de narrativa, aunque no

es totalmente humorística, pasa a formar parte de los grandes escritores latinoamericanos de humor o más bien de humor literario del siglo XX, que ocupan la primera fila de calidad en este género, como son Macedonio Fernández, Ana María Shua, Augusto Monterroso, Luisa Valenzuela, Guillermo Cabrera Infante, Luis Britto García y más.

A González Rojo le gusta modificar el lenguaje en relación con lo que narra: lo pinta de diversos colores y tonos metafóricos; a lo prosaico lo vuelve poético y viceversa; a lo que significa una cosa lo reestructura, le cambia piezas desgastadas para ponerle piezas nuevas pero de diferente forma y marca, nunca descuida la estética, la belleza o lo inverosímil de las formas, y lo hace significar otra cosa, sin caer nunca en el absurdo, el fácil y vacío sinsentido, sino que triunfa siempre logrando congruencia y verosimilitud poética y humorística. Por ejemplo, en la sección "Cantata al epitafio" advierte a los poetas de no cometer cursilerías ni lugares comunes ni otras estupideces, y luego se regaña a sí mismo. El breve texto se titula *Rectificación*:

"Por lo que más quieran, poetas, no vayan a comparar una gota de rocío con una lágrima. Ni mucho menos emplear el azul para iluminar el firmamento. Por favor, no pergeñen analogías entre el soplo del aire y la congoja con ansias de vuelo que nace entre los labios. Hay tantas comparaciones andrajosas y tantos adjetivos pordioseros. Por favor no digan "de esta agua no beberé". Hay tantos lugares comunes que fecundan a control remoto nuestras lenguas. Les ruego que no vayan a escribir...

"Pero, ¿por qué quiero dar consejos, recetas de perfección, reglamentos de tránsito para acceder a la poesía? ¿Por qué aspiro a hacer una distribución equitativa de lo bello? Qué sandez. Qué ambición desmedida, qué ínfulas de mentor, qué estúpido tratar de ponerles micrófono a los estados de ánimo.

"Alma mía, muérdete la lengua. Torna a tus límites. Acorrálate en tus escrúpulos. Volvamos a la obra de siempre: la escultura inacabada de Narciso."

En este texto <iluminador como antorcha salvadora en las fauces de un bosque oscuro>; en este texto, creo que se pueden detectar varias de las características de éste su lenguaje, a las que antes me he referido, y me permite ahorrarles el tiempo llenándolos de ejemplos que ya ustedes leerán si lo quieren.

Yo me atrevo a pensar que el anterior texto entra en el subgénero de su invención, que es un *cuentema*.

En su texto "Intimidades de la hoja en blanco", la intimidad marcada con el número 7, explica lo que es un cuentema. Es muy fácil, lo explica en sólo siete líneas y dice:

"Todo cuentema debe estar formado por tres partes: una anécdota poética que, cuando la ambigüedad es nuestra musa, deja al sectarismo de los géneros sacudiendo sus prejuicios; un laberinto construido con el hilo de Ariadna de su tinta, sabiendo que en la cárcel se hallan siempre las premisas del indulto, y un homenaje invisible permanente al caballero Baltasar Gracián, el mayor publicista de la nada."

Y aunque ya aclarado completamente esto, (porque les quedó claro, ¿verdad?) tres páginas después, abunda, en el texto titulado "Estética del cuentema", a lo largo de dos y media páginas.

Todos los textos de **El libro** están verdaderamente infestados de materia imaginativa y original. No quiero distraerme en dar más ejemplos o comentar aquí otros tipos de textos, repito, no siempre humorísticos, pero sí mayoritariamente, porque un ensayo completo será –cuando lo escriban– necesariamente muy extenso y no cabe en el tiempo que permite una presentación; sin embargo, quiero cerrar con mi comentario sobre uno de los cuentos serios, que sólo llena tres páginas. *Y quiero ~~abstenerme~~ detenerme en esto, para que se vea cómo su maestría narrativa, su enorme experiencia, es igualmente grande cuando se introduce en la creación dramática.*

Me parece un cuento de una carga intensamente densa, en el que, sin embargo, predomina el vacío; vacío de medio ambiental, vacío de sentimientos, vacío de acción, vacío de belleza y, precisamente por esto, es un cuento muy intenso, hermoso y triste. Es

una bomba emotiva, cargada precisamente con la ausencia de emotividad. Esto, le agrega un atributo de tragedia no mencionado ni sugerido siquiera.

Me refiero al que se titula “Un par de camaradas”, donde recoge y actualiza, en tiempo y lugar, con honda intensidad, la esencia del espíritu chejoviano en aquellas vidas tristes en la Rusia invernal, que vivían dramas de vidas vacías.

González Rojo ha creado aquí, en “Un par de camaradas”, un cuento de la grisura en Topolobampo, donde todo es gris, por dentro y por fuera, vacío y estático y que, sin embargo, en su núcleo retiene las intensidades aplastadas, asfixiadas por el peso de lo habitual, de la inercia gris. Es como la densa intensidad de la nada, porque nada se concreta como hubieran querido los personajes centrales -esa mujer y ese hombre-, puesto que nada hicieron para lograrlo porque hasta el aire pesaba demasiado. Contienen y transmiten el fracaso total, donde quedó muerta toda posibilidad de cambio, de emotividad, de colorido y de constructividad contra esa vida rutinaria, estéril, polvosa, carente de toda idea original. Y finalmente, asumen que todo siga igual, puesto que el gris de las rutinas -del que no parecen conscientes- no permitirá a los personajes mover nada y, los cambios que tal vez pudieran darse, los dejan para sus sueños que, simplemente, se asimilan al color gris de sus vidas, del paisaje quieto y de su ambiente. Inclusive, cuando llega a romper esa carcomida quietud una alegre española con corazón y cuerpo de danzantes colores, de la que el hombre se hace amante, igualmente nada puede derrotar la vida gris que ahí se impone. Nuestro autor culmina con una sutil y cruel ironía en la que invierte el clásico final feliz de los cuentos infantiles: “Y desde entonces en adelante, todos fueron infelices para siempre”. Este cuento podría llevar como epígrafe una cita de la dedicatoria del cuento “Zadig” de Voltaire: es una “obra que dice más de lo que no parece decir”.

Pido que me disculpen por haberme encajado en un rincón de este libro tan colorido de humor, de juegos, de codazos

aparentemente inocentes, pero no quise quedarme solo con la impresión que me causó y su perfección dramática realizada a través de la nada.

Pero ya que me salí del humor y entré, sin tocar a la puerta, a la alcoba de los cuentos, me quedo aquí dentro, ya que ***El libro*** no es todo humor. Los cuentos propiamente dicho, tienen una extensión y desarrollo más extenso y un lenguaje formal natural, como el que acabo de comentar. Son cuentos donde lo que importa es lo que se narra, son los conflictos humanos, pero donde también de vez en cuando asoma la cabeza el humor, y saltan metáforas en su estilo, como “le sacaba radiografías a su pecado” o, tras una tempestad de ira escribe: “Pero toda tempestad acaba poco a poco esfumándose. La lluvia torrencial empieza a escampar. El *allegro vivacísimo* se metamorfosea finalmente en un *adagio*” o “la rutina volvió a hacer acto de presencia, elevó la voz y exigió sus fueros”, por ejemplo. Ni modo: González Rojo es, fundamentalmente, un animal poético. Unos de los cuentos son dramas humanos, otros son dramas humorísticos.

Muchas gracias.